Suze Fokker

Steiner, Rudolf
Sobre la naturaleza de las abejas
- 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:
Buchwald Editorial, 2023.
Traducción de: Enrique Salas

Título original: *Über das Wesen der Bienen*, 1923
Imagen de tapa: Suze Fokker, 1898

CC BY NC

Buchwald Editorial

Buenos Aires / Argentina
info@buchwaldeditorial.com
www.buchwaldeditorial.com

Rudolf Steiner

Sobre la naturaleza de las abejas

Segunda conferencia, Dornach, 26 de noviembre de 1923

BUCHWALD EDITORIAL

¡Buenos días!

Propongo hacer algunas observaciones sobre la exposición del señor Müller. Quizás sean de su interés, aunque aún, por supuesto, no ha llegado el momento de emplearlas en la apicultura práctica. Queda muy poco por decir sobre la actividad de la apicultura, o nada en absoluto. El señor Müller explicó muy bien cómo es el procedimiento hoy en día.

Pero si han escuchado con atención, ciertamente se les ha revelado algo sobre, me gustaría decir, la misteriosa existencia [*Rätselwelt-Sein*] vinculada con la naturaleza de la apicultura. Naturalmente, el apicultor está interesado principalmente en lo que tiene que hacer. Pero todos deberíamos interesarnos más en la apicultura, dado que muchos aspectos de la vida humana dependen de ella más de lo que se cree.

Reflexionemos sobre el asunto desde una perspectiva más amplia. Pensemos que las abejas son capaces de recolectar una sustancia que, en las plantas, ya se encuentra en estado de miel. Es decir, ellas recolectan la miel y los seres humanos nos apropiamos sólo

de una parte, ni siquiera muy grande, que guardan en sus colmenas. Puede decirse que el ser humano se apropia de un 20% de la miel recolectada; esto es lo que les quita a las abejas.

Además, la abeja todavía puede extraer el polen de las plantas con toda su corporalidad [*Körperlichkeit*], con toda su organización. Así, la abeja es capaz de recoger de las plantas cantidades muy pequeñas, que sería muy difícil para nosotros obtener directamente. Las abejas recogen el polen, presente en cantidades muy pequeñas, utilizando los pelitos que tienen en sus patas traseras, y luego lo almacenan o consumen dentro de la colmena. Por tanto, en la abeja tenemos, ante todo, a un animal que absorbe una materia preparada por la naturaleza en un estado extraordinariamente fino y que utiliza para su propia economía [*Haushalt*].

Pero hay algo más, y es lo que generalmente menos llama la atención, porque nunca se reflexiona sobre ello: la abeja, después de transformar su alimento en cera por medio de su aparato digestivo –porque la cera la produce a través de sí misma [*durch sich*

selber]–, construye un pequeño contenedor [*Gefäss*] para poner los huevos y también para almacenar provisiones. Me gustaría destacar que este pequeño contenedor es muy singular: visto desde arriba parece hexagonal; visto de costado, está cerrado por un extremo, como en los dibujos 1 y 2. Ahí se pueden poner huevos o suministros. Un contenedor junto al otro. Encajan muy bien entre ellos, de modo que en el panal, por la cara plana con que se une cada celda (así se llama a esos recipientes) a la otra, se aprovecha muy bien el espacio.

Si uno pregunta: ¿cómo es que la abeja, por instinto, construye una celda tan artificialmente [*künstlich*] formada?, se suele responder: es para que se aproveche bien el espacio. Y es cierto, porque cualquier otra forma de celda daría lugar a intersticios [*Zwieschenraum*]. Con esta forma no se crea ningún espacio intermedio, y todas las partes se conectan entre sí, de modo que el espacio en el panal se aprovecha al máximo [*ausnützen*].

Esta es, sin duda, una de las razones, pero no la única. Aunque el gusano, la larva, cuando está dentro,

está completamente aislado, no hay que pensar que lo que existe en la naturaleza no tiene fuerzas. Esa celda de seis lados, exactamente hexagonal, tiene fuerzas en sí misma, y sería muy diferente si la larva estuviera en una esfera. Que esté en una morada hexaédrica [*sechsflächig*] tiene un significado muy especial en la naturaleza. La larva recibe estas formas en sí misma y en su cuerpo, de modo que luego siente que en su juventud, cuando era blanda, había estado en tal celda hexagonal. Por medio de las mismas fuerzas que absorbe, luego construye una celda similar. Allí están las energías por las que trabaja la abeja. Es decir, lo que hace la abeja externamente está en su entorno [*Umgebung*]. Esto es lo primero a lo que tenemos que prestar atención.

Ahora bien, ya se les describió otro hecho muy, muy extraño: en la colmena hay diferentes celdas. Creo que el apicultor puede distinguir muy bien las celdas de las abejas obreras de las celdas de zánganos. No es tan difícil, ¿o me equivoco? Aún más fácil de distinguir son las celdas de las obreras y zánganos de las de abejas reinas, porque estas tienen una forma diferente; de hecho, tienen una forma más de

saco. Tampoco hay muchas en una colmena. Por lo tanto, hay que decir: las obreras y los zánganos (es decir, los machos) se desarrollan en estas celdas hexaédricas, mientras que la reina se desarrolla en un saco, independientemente de un entorno espacial (dibujos 3 y 4).

Pero hay más: para su completo desarrollo, para estar lista como reina adulta, necesita sólo 16 días. Una abeja obrera necesita unos 21 días, por lo tanto, más. De esto se podría deducir que la naturaleza se preocupa mucho más en procrear a las obreras que a las reinas. (Hablaremos de esto más adelante y veremos que existe otro motivo). En todo caso, la abeja obrera tarda 21 días y el zángano, el macho, que será el primero en desgastarse, tarda 24 o 25 días. Los machos, después de haber cumplido su cometido, son asesinados.

Como pueden ver, aquí tenemos un nuevo hecho: los distintos tipos de abejas (reina, obrera, zángano) necesitan diferente cantidad de días para su desarrollo.

Bueno, van a ver que hay algo muy especial en estos

21 días que necesita la abeja obrera. 21 días no es un tiempo indiferente a todo lo que sucede en la Tierra. Estos 21 días es el tiempo en el que el Sol gira alrededor de sí mismo aproximadamente una vez.

Así que pensemos que la abeja obrera va a estar lista justo cuando el Sol gire una vez alrededor de sí mismo. Como resultado, la abeja obrera pasa por una rotación completa del Sol, y debido a que completó esa rotación, es que recibe todo lo que el Sol puede generar [*bewirken*] en ella (dibujo 5). Si quisiera moverse, siempre se encontraría con el mismo Sol. Si imaginamos a la abeja obrera desde su estado de huevo, hay que pensarla como si estuviera siempre frente al Sol (dibujo 5). El sol gira alrededor de sí mismo aproximadamente una vez cada 21 días. Va y viene, pero el punto sigue ahí. Si se mueve el Sol, el efecto seguiría siendo el mismo. Así, la abeja obrera disfruta de todo lo que el Sol puede generar en ella hasta alcanzar su pleno desarrollo. Si quisiera desarrollarse más, dejaría la evolución solar para entrar en la evolución terrestre; simplemente agotaría el desarrollo solar para entrar en el desarrollo terrestre. Y lo hace como un insecto completo, como un

animal completo. Ella se toma –me gustaría decir– un momento, un instante para sí misma: completa su desarrollo solar y es, íntegramente, un animal de sol [*Sonnentier*].

Ahora consideremos al zángano: es como si pensara la situación un poco más, como si no pudiera declararse completo después de 21 días. Se introduce, antes de terminar su desarrollo, en la evolución terrestre. Así, el zángano es también un animal terrestre, mientras que la obrera es hija total del Sol [*fertige Sonnenkind*].

¿Y qué pasa con la reina? La reina ni siquiera completa un ciclo solar entero, se estanca, es siempre un animal solar. La reina permanece algo más cerca de la condición de larva, de gusano, que los otros animales. El más alejado del estado de larva es el zángano, el macho. Por esta razón, la reina puede poner sus huevos. Y es precisamente en las abejas donde uno puede ver lo que significa estar bajo la influencia de la Tierra o bajo la influencia del Sol. Que una abeja sea una reina o una obrera o un zángano depende, verdaderamente, de si ha esperado

o no un desarrollo solar completo. La reina puede poner huevos porque la influencia solar permanece en ella, porque no recibe nada de la evolución de la Tierra. La abeja obrera va más allá, se desarrolla durante otros cuatro o cinco días para agotar la influencia solar. Pero ella, con su cuerpo ya bastante sólido, entra, por un tiempo, en un momento del desarrollo terrestre y ya no puede regresar al solar. Por lo tanto, no puede poner huevos.

Los zánganos son machos, pueden fertilizar. Así que la fecundación viene de la tierra; obtienen las fuerzas fecundadoras [*Befruchtungkräfte*] en estado de incompletitud, al prolongar su desarrollo un par de días y entregarse al desarrollo terrestre. Podemos afirmar –y en las abejas es evidente– que la fecundación, la fecundación masculina, deriva de fuerzas terrestres; en cambio, la capacidad de la hembra para poner huevos deriva de fuerzas solares.

A partir de esto, se puede medir la importancia del tiempo en el que un ser se puede desarrollar. Esto es de gran importancia porque la relación entre lo que sucede y el tiempo en que sucede es fundamental.

No puede suceder en un tiempo, más largo o más corto, en el que sucedería otra cosa.

Pero hay más a tener en cuenta. La reina se desarrolla en 16 días. Está en el punto (dibujo 5) en que está frente al Sol, quizá se haya detenido ahí, pero queda dentro del desarrollo solar. Las obreras cubren un tramo más del ciclo solar, pero permanecen dentro de él, no lo abandonan para entrar al ciclo terrestre (dibujo 5). Como el enjambre de abejas obreras pertenece al mismo ciclo solar que la reina, se siente ligado a ella, se siente conectado a ella. Las abejas obreras dicen: los zánganos son unos traidores, se arrojaron hacia la Tierra, ya no son parte de nosotras. Los toleramos porque los necesitamos. ¿Y para qué sirven?

A veces sucede que una reina no ha sido fecundada pero, de todos modos, logra poner huevos capaces de desarrollarse. No siempre es necesario que la reina sea fertilizada para poder poner huevos. Esto se llama, en las abejas, cría virginal [*Jungfernbrut*] (ocurre también con otros insectos), precisamente porque la reina no fue fertilizada. La ciencia llama a

este fenómeno partenogénesis. ¡Pero de los huevos que pone en tales condiciones sólo nacen zánganos! No nacen abejas obreras ni abejas reinas. Entonces, si la reina no es fecundada, no puede generar otras reinas, ni abejas obreras, sino sólo zánganos. Un enjambre así, evidentemente, no sirve para nada.

Pueden ver que de una cría virginal sólo puede nacer el sexo opuesto, no el mismo sexo. Este es un hecho muy interesante. Generalmente, suele ser importante para la economía de la naturaleza que la fertilización sea necesaria para obtener el sexo opuesto en los animales inferiores, claro, no en los superiores. Pero a las abejas todavía les sucede que de los huevos solo pueden nacer zánganos si no ha tenido lugar la fertilización.

La fecundación es un hecho sumamente particular en las abejas, pues no existe ningún tipo de lecho nupcial [*Hochzeitsbett*] en el que puedan retirarse durante la fecundación, ni mucho menos. Tiene lugar al aire libre, a pleno sol y, en efecto, lo que puede parecer llamativo, lo más alto posible. La reina vuela lo más alto que puede hacia el Sol, donde

pertenece, como dijimos. Y el zángano que logre vencer la atracción de la Tierra (porque los zánganos se unieron a las fuerzas de la Tierra), que logre volar más alto, podrá fecundar en lo alto, en el aire. Así, la reina desciende y pone sus huevos. Por tanto, las abejas no tienen lecho nupcial, sino un vuelo nupcial [*Hochzeitsflug*], y cuando quieren ser fecundadas, tienden lo más posible hacia el Sol. Ese vuelo nupcial necesita de un buen tiempo, necesita del Sol; con mal tiempo no es posible.

Todo esto nos muestra cuánta afinidad con el Sol conserva la reina. Y cuando tiene lugar la fecundación, en las celdas correspondientes, se generan las abejas obreras. Primero (como tan bien lo describió el señor Müller), nacen pequeñas larvas que en 21 días se transforman en abejas obreras. Y en las celdas con forma de saco, se desarrolla una reina.

Ahora, para poder proseguir, tengo que decirles algo que, en un principio (y con razón), podría parecerles dudoso, sobre todo porque requiere de un conocimiento muy específico. Pero sí, es un hecho. Me refiero a que la abeja obrera, cuando ha madurado,

vuela hacia las flores y hacia los árboles, se prende a ellos con los ganchos de anclaje en sus patas [*Fusshaken*] (dibujo 6) y ahí puede chupar la miel y recoger el polen que se le pega al cuerpo por medio de un dispositivo especial, el llamado cepillo de polen [*Bürstchen*] en las patas traseras, donde puede acumularlo. Por otro lado, chupa la miel con la trompa de absorción (o probóscide) [*Saugrüssel*]; una parte la usa para su propia alimentación, pero la mayoría la guarda en el buche melario [*Honigmagen*] y la regurgita cuando regresa a la colmena.

Entonces, cuando comemos miel, básicamente estamos comiendo regurgitación de abeja [*Bienengespeie*]. Eso hay que tenerlo muy claro. Pero es una regurgitación muy pura y dulce. En definitiva, la abeja recoge lo que necesita para comer o para aprovisionarse, para transformarlo en cera, etc.

Ahora tenemos que preguntarnos: ¿cómo la abeja encuentra la flor? Se acerca a la flor con una certeza extraordinaria que no se explica si observamos sus ojos.

La abeja, la obrera (los zánganos tienen ojos un

poco más grandes), tiene dos ojos pequeños a los lados y tres ojos imperceptibles al frente (dibujo 7). Si uno examina esos ojos, inmediatamente piensa que ven muy poco, y sobre todo que con los tres delanteros no ven nada. Lo singular es, precisamente, que la abeja no llega a la flor por la vista, sino por algo parecido al olfato. Olfatea su camino hasta llegar a la flor. Es una sensación entre el olfato y el gusto lo que lleva a la abeja a la flor. La abeja ya puede saborear la miel y el polen mientras vuela hacia la flor. Y eso es lo que hace que la abeja apenas use sus ojos.

Bien, ahora visualicen esto. Piensen en una reina que nació en el ámbito solar; no ha agotado la acción solar, sino que, hasta cierto punto, ha permanecido dentro de ella. Todo un enjambre de abejas ha completado, en efecto, la acción solar, pero no ha penetrado en la evolución terrestre. Ahora bien, las abejas obreras se sienten unidas a la reina, no porque estuvieran bajo la misma acción solar, sino porque, en general, habiendo permanecido en el ámbito de la acción solar, se sienten conectadas con ella. En su desarrollo, no se han separado del de la reina. Los zánganos, en cambio, no pertenecen al grupo.

Ellos sí se separaron. Pero sucede lo siguiente. Para que se cree una nueva reina, debe realizarse el vuelo nupcial; la reina sale al sol y así nace una nueva reina. Entonces, entre todas las abejas obreras que se sintieron conectadas con la antigua reina, sucede algo muy particular: los tres pequeños y diminutos ojos se vuelven capaces de ver cuando nace esta nueva reina. Las abejas obreras no pueden soportar que alguien como ellas venga de otro lado [*anderswo*]. Los ojitos en la cabeza, esos tres pequeños ojos en la abeja obrera, se formaron desde su interior, son recorridos por su sangre interior *[inneren Bienenblut*] y no están expuestos a la acción externa del Sol. El hecho de que ahora la nueva reina, que nace del Sol, traiga con su cuerpo la luz del Sol a la colmena, hace que estas abejas se vuelvan de golpe –me gustaría decir– clarividentes [*hellsehend*]. No pueden soportar la luz de la nueva reina. Ahora, todo el enjambre comienza a dispersarse. Es como un miedo a la nueva reina, como si hubieran sido deslumbradas por ella. Es como mirar directo al sol. Por eso se dispersan. De este modo, se tiene que volver a fundar el enjambre, por lo menos a partir de la unión de la mayoría de abejas obreras que conforman un conjunto con

la antigua reina. La nueva reina debe conseguir un nuevo pueblo.

Una parte de la población se queda atrás y es, precisamente, la que nació bajo otras condiciones. Pero la razón por la que las abejas forman un enjambre nuevo es porque no soportan a la nueva reina que trae una nueva influencia solar a la colmena.

Podrían preguntarse: ¿por qué las abejas se vuelven tan sensibles a esta nueva acción solar? Es muy interesante. Ustedes saben que, a veces, puede ser molesto encontrarse con una abeja. Porque pica. Pero si se es un ser grande y voluminoso como un ser humano, a lo sumo te saldrá una hinchazón en la piel. Los animales pequeños pueden hasta morir a causa de ella. Esto se debe a que la abeja tiene un aguijón que es como un tubo, en el que sube y baja una especie de pistón, que llega hasta la vejiga del veneno para extraerlo. Este veneno, que puede llegar a ser tan desagradable para quien lo recibe, es extraordinariamente importante para las abejas. No es agradable, para ellas, tener que dispensar el veneno al picar, pero lo hace porque no puede tolerar

las influencias externas. Quiere permanecer en sí misma [*Sie will in sich bleiben*], quiere permanecer en el mundo de su propia sustancia, y siente toda influencia exterior como una amenaza, contra la cual se defiende con su veneno. Pero el veneno tiene otro significado: se esparce en cantidades diminutas por todo el cuerpo de las abejas. Sin veneno, la abeja no podría existir. Al considerar a la abeja obrera, hay que saber que no puede ver con sus diminutos ojos, dado que el veneno penetra continuamente en ellos. En el momento en que aparece la nueva reina, con su nueva acción solar, el veneno se ve perjudicado y deja de estar activo. Entonces, los ojos de repente ven. En resumen, la abeja debe su estado normal a su veneno, le debe el hecho de vivir, por así decirlo, en un constante estado crepuscular.

Si tuviera que describir con una imagen lo que experimentan las abejas cuando una nueva reina emerge de una celda de saco, debería decir: la abejita vive siempre en el crepúsculo, avanza olfateando, un sentido que está a medio camino entre el gusto y el olfato, sigue olfateando, viviendo en el crepúsculo, y está conforme. Pero cuando llega la nueva reina, es

como cuando caminamos en la oscuridad de junio y brillan las luciérnagas. Así brilla la nueva reina para el enjambre de abejas, porque el veneno ya no actúa con fuerza suficiente para retenerlas en sí mismas [*sie in sich zu erhalten*]. La abeja necesita vivir excluida del mundo, una exclusión crepuscular. También lo tiene cuando enjambra, ya que puede contenerse en sí misma en su veneno. Lo necesita cuando teme alguna influencia exterior. La colmena desea estar completamente en sí misma.

Claro que, para permanecer en la esfera solar, la reina no puede estar en una celda angulosa, sino en una con forma redonda, en la que permanece, precisamente, bajo la influencia del Sol.

Ahora llegamos al punto en que la apicultura debería ser de extraordinario interés para todos los seres humanos. Y es que en la colmena, en el fondo, sucede como en la cabeza humana. Sólo que en la cabeza humana las sustancias no alcanzan el mismo desarrollo.

En el cerebro, tenemos nervios, vasos sanguíneos y también las llamadas células albuminosas/

proteínas [*Eiweisszellen*], que permanecen individuales y son redondas. Siempre están presentes. Por lo tanto, en la cabeza humana también hay una triplicidad. En los nervios, sucede que las células individuales, sólo porque están limitadas por la naturaleza en todas las direcciones, no se desarrollan hasta el punto de convertirse en animales. Sin embargo, estos nervios quieren convertirse en animales, aunque sean pequeños. Y si las células nerviosas del cerebro humano pudieran desarrollarse hacia todos los lados, en las mismas condiciones que una colmena, se convertirían en zánganos. Las células sanguíneas, que fluyen por las venas, se convertirían en abejas obreras. Y las células albuminosas, que se encuentran en el centro de la cabeza y tienen un desarrollo más corto, se pueden comparar con la reina. De modo que, dentro de la cabeza humana, tenemos las mismas tres fuerzas (dibujo 8).

Ahora bien, las abejas obreras llevan a casa lo que recolectan de las plantas y, dentro de sus cuerpos, lo procesan en cera. Así llevan a cabo todo ese maravilloso proceso de construcción celular.

¡Y eso mismo hacen las células sanguíneas en la cabeza humana! Van desde la cabeza hacia todo el cuerpo. Y cuando, por ejemplo, examinamos huesos, un trozo de hueso, siempre encontramos celdas hexagonales. La sangre que circula por el cuerpo hace el mismo trabajo que hace la abeja en la colmena. Solo en los otros tipos de células, en los músculos, donde la condición es análoga (porque las células musculares también son similares a las células de cera de abeja), se desprenden demasiado pronto. No se nota la analogía porque todavía son blandas. En cambio, al mirar los huesos, se nota muy bien. Así que la sangre tiene la misma fuerza que la abeja obrera.

Así es. ¡El fenómeno también se puede estudiar en relación con el tiempo! Las células que encontramos desarrolladas primero en el germen embrionario humano [*menschlichen Embryokeim*], y que quedan, las células albuminosas, son, precisamente, las que están presentes en las primeras etapas del desarrollo del embrión. Las otras, las células sanguíneas, se forman más tarde, y las células nerviosas se forman al final. Como en una colmena. Excepto que el ser humano construye un cuerpo que,

aparentemente, le pertenece, y la abeja construye un cuerpo que consiste en alveolos, en celdas. Con esta construcción de cera, sucede lo mismo que en el interior de nuestro cuerpo, solo que aquí no es tan fácil comprobar que las células sanguíneas lo hagan también con una especie de cera. Sin embargo, nosotros mismos estamos hechos de una especie de cera, así como la maravillosa construcción que son los panales de las abejas, ya sea en cajas o canastas. Entonces es así: el ser humano tiene cabeza, y la cabeza trabaja sobre todo el cuerpo, que es propiamente la colmena. Esta tiene, en el vínculo abeja reina y abeja obrera, la misma relación que existe entre las restantes células albuminosas (que permanecen redondas) y la sangre. Y los nervios se destruyen constantemente, se desgastan constantemente, porque desgastamos nuestro sistema nervioso. No es que, de repente, matemos los nervios de nuestro cuerpo (en ese caso, moriríamos todos los años) como las abejas matan a los zánganos, pero sí, nuestros nervios se debilitan cada año y el ser humano realmente muere por el debilitamiento de sus nervios: dejamos de sentir nuestro cuerpo. El ser humano muere porque agota sus nervios.

Si observamos la cabeza, que representa la colmena, encontramos que está completamente protegida. Y si algo se incorpora del exterior, se hace una herida terrible: la cabeza no puede soportarlo. Es el mismo proceso que ocurre para la generación de una nueva reina tras un vuelo nupcial: no es tolerado por la colmena que prefiere abandonarla a quedarse con la nueva reina.

Esta es la razón por la cual la apicultura siempre ha sido considerada de extraordinaria importancia. El ser humano se apropia del 20 % de la miel de las abejas. Se puede afirmar que esta miel le es extraordinariamente útil, de lo contrario, recibiría muy poca miel en su alimentación cotidiana, dado que la miel se encuentra repartida en las plantas en cantidades muy pequeñas. Introducimos en nosotros cantidades mínimas de miel. Pero nosotros también tenemos "abejas" dentro, nuestra sangre, que lleva la miel a las diferentes partes del cuerpo. Esta miel es la que la abeja necesita para hacer la cera con la que construye el cuerpo de la colmena.

Sobre nosotros, los seres humanos, especialmente

cuando envejecemos (porque en el niño es la leche la que cumple esta función), la miel tiene un efecto muy provechoso. Por este motivo, es recomendada para las personas mayores. Es un alimento muy saludable. No en exceso, porque si se exagera, y no se la considera un alimento complementario, puede provocar un exceso formativo, es decir, puede producir una formación demasiado sólida y generar todo tipo de dolencias. Pero un ser humano sano sabe cuánto puede comer. Y la miel es un alimento saludable extraordinario, sobre todo, para las personas mayores, ya que le da a nuestro cuerpo la estabilidad adecuada.

Esta regla también es aplicable en el caso de niños raquíticos. No en las primeras semanas de vida, que es cuando tendrían que alimentarse solo de leche y porque la miel todavía no actúa. Pero si, a partir del noveno o décimo mes y hasta el tercer o cuarto año de edad, se dosifica en la forma adecuada, si se le da al niño raquítico en las cantidades adecuadas una dieta de miel, el raquitismo puede dejar de ser grave, porque este proviene de que el cuerpo está demasiado blando, debilitado. Y la miel contiene

en sí misma la fuerza que da forma y consistencia al ser humano.

De hecho, estas conexiones deben ser consideradas, ya que se le debe prestar mucha más atención a la miel y a la apicultura de lo que suele hacerse.

Hay otra posibilidad. En la naturaleza existe una extraña conexión entre todo. Hay algunas leyes naturales que el ser humano no puede comprender en su totalidad con su razonamiento habitual, de hecho, las más importantes. ¿Acaso estas leyes no actúan de tal modo que siempre tienen un pequeño espacio de libertad? Así, por ejemplo, los sexos en el planeta Tierra. Hay aproximadamente el mismo número de hombres y mujeres en el planeta, aunque no exactamente. Considerando toda la Tierra, es más o menos la misma cantidad. Está determinado por la sabiduría de la naturaleza misma. Y si sucediera alguna vez (creo que ya lo he mencionado) que la humanidad pudiera determinar el sexo arbitrariamente, caeríamos en el desorden.

Ya sucedió, por ejemplo, cuando en algunas

regiones, la población fue diezmada por una guerra salvaje, lo que provocó que la misma población se hiciera más fértil. Es decir, en la naturaleza, toda escasez provoca una fuerza en sentido opuesto.

También sucede que, en algunas regiones, las abejas acaparan la miel, extrayéndola naturalmente de las plantas. Pero toman la miel de plantas que también son útiles, porque dan frutos u otros productos. Y es notorio que los árboles frutales y similares prosperan mejor en los lugares donde se practica la apicultura, que en los lugares donde no. Entonces, cuando las abejas extraen la miel de las plantas, la naturaleza no se queda ociosa, sino que produce más árboles frutales. Así, el ser humano no sólo tiene parte de la miel que le dan las abejas, sino que recibe un excedente de las plantas visitadas por las abejas. Esta es una ley fácilmente verificable y muy importante.

De todo esto, concluimos que: en todo el ser de un complejo de abejas [*Bienenzusammenhanges*], un organismo, vive un elemento en el que la naturaleza ha dotado de una sabiduría, en verdad, maravillosa. Las abejas están sujetas a fuerzas de la naturaleza

extraordinariamente importantes y realmente maravillosas, y existe cierto temor a manipular esas fuerzas naturales.

Hoy en día, los hechos siempre demuestran que cuando el ser humano quiere intervenir en estas fuerzas naturales, no produce ninguna mejora, sino más bien un deterioro. No las empeora inmediatamente, pero hace que la naturaleza encuentre obstáculos. A pesar de ello, actúa de la mejor manera posible. Pero, a la vez, el ser humano todavía se las arregla para eliminar ciertos obstáculos y, por lo tanto, facilitarle algo a la naturaleza. Un caso es, por ejemplo, la apicultura, al utilizar nuevos cajones, mejor equipados, en lugar de los viejos cestos, etc.

Aquí llegamos al capítulo de la apicultura artificial. No piensen que no estoy de acuerdo, incluso desde un punto de vista científico-espiritual, que, a primera vista, la apicultura artificial no tendría ningún mérito, pienso que facilita muchas cosas. Pero esta unión forzada [*starke Zusammenhalten*], diría yo, de una generación de abejas, de una familia de abejas, conducirá, a la larga, al perjuicio. Por ahora,

solo se puede elogiar ciertos aspectos de la apicultura artificial, obvio, cuando se respetan todas las medidas de precaución ilustradas por el señor Müller. Pero dentro de 50 u 80 años, debemos esperar, cuando se mecanicen ciertas fuerzas que hasta ahora actuaban orgánicamente en la colmena, las cosas se conducirán mecánicamente. Esa íntima afinidad entre reina y obreras que se crea con una reina que llega de forma natural no existe cuando se trata de una reina comprada.

Sinceramente no me gustaría iniciar un movimiento fanático contra la apicultura artificial, porque no puede llevarse a cabo en la vida práctica. Piensen en esta otra situación similar: se puede calcular aproximadamente el tiempo en que no quedará carbón en la Tierra. El suministro de carbón de la Tierra se está agotando; en algún momento no habrá más. Antes se podía extraer tan poco carbón que duraría más o menos lo mismo que la Tierra misma. Debemos tener algo de fe en el futuro. Hay que decir que, bien, le robamos a la Tierra todo el carbón, es decir, le robamos a nuestra posteridad todo su carbón; pero seguro encontrarán otra cosa que hacer

sin carbón. Lo mismo podría decirse de las posibles desventajas de la apicultura artificial.

Pero es bueno darse cuenta de que lo que sucede en la naturaleza de una manera tan maravillosa se ve realmente perturbado cuando se le introduce algo mecánico, artificial. La apicultura siempre ha sido valorada como un hecho milagroso, y la abeja era considerada un animal sagrado en la Antigüedad. ¿Por qué? Pues, con toda su obra, da a conocer lo que sucede en el ser humano mismo. Quien recibe un trozo de cera de abejas obtendrá, verdaderamente, un producto intermedio entre la sangre, los músculos y los huesos, que ingresa en el ser humano de un modo íntimo y a través de un estado ceroso. En él, la cera aún no se solidifica, sino que permanece fluida hasta que se transforma en sangre o en células musculares u óseas. En resumen, en la cera, están presentes las mismas fuerzas que están en nosotros.

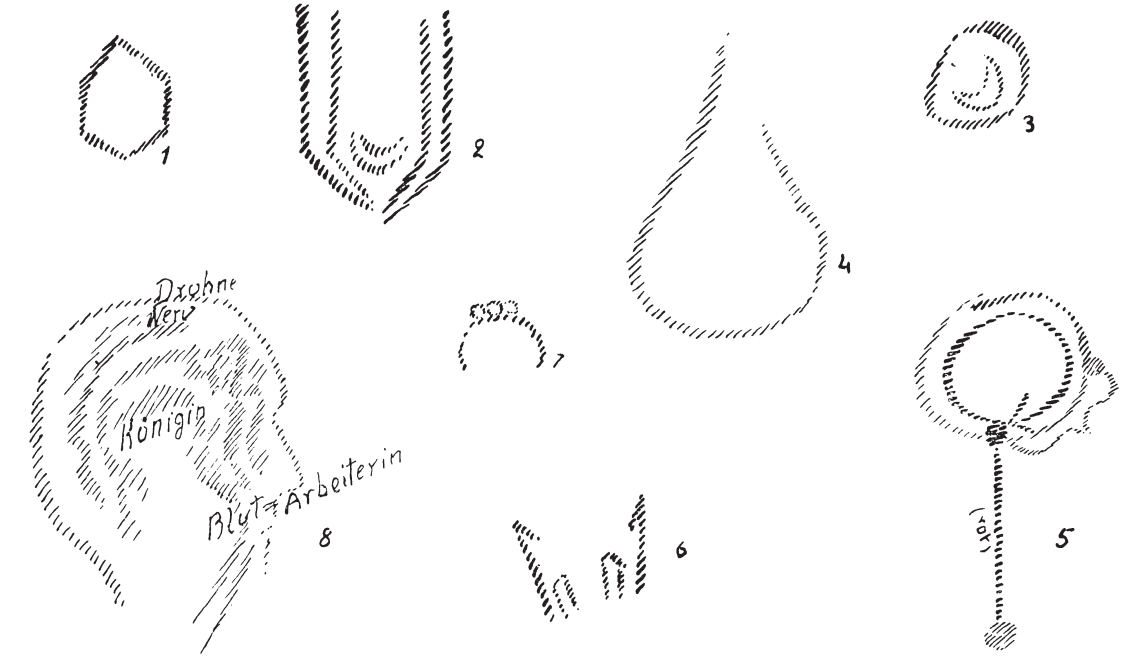
Cuando en la Antigüedad las personas hacían velas de cera de abejas y luego las encendía, reconocían, en ese gesto, una acción sagrada y admirable: la cera que está ardiendo, la hemos sacado de la colmena,

donde estaba solidificada; cuando el fuego la derrite y la cera se evapora, llega al mismo estado en que se encuentra en nuestro cuerpo. Por eso, la gente sentía en la cera ardiente de las velas un elemento que estaba en su cuerpo y que volaba hacia el cielo. Esto impulsó una devoción particular: consideraban a la abeja un animal sagrado porque disponía de un elemento que el ser humano continuamente debía preparar en sí mismo. Así, cuanto más retrocedemos en el tiempo, más encontramos la veneración por ser abejas. Desde un estado salvaje, las personas las descubrieron y las consideraron una revelación. Más tarde, fueron incorporadas a la economía del ser humano.

En todo lo relativo a las abejas, hay enigmas maravillosos y es, precisamente, en ellas donde se pueden estudiar muchas cosas que suceden entre la cabeza humana y su cuerpo.

Hoy sólo hice estas observaciones. El miércoles es nuestra próxima conferencia. Es posible que tenga más preguntas. Quizás el señor Müller también presente otros temas. Pero no quería dejar de traerles

estas reflexiones, de las que no se puede dudar de que derivan de un conocimiento real. Aún resta aclarar varias cosas.



26.XI.23

BUCHWALD
EDITORIAL